

CUFFEE

Palabra clave: Afecto

Billy quería un perro. Había querido un perro casi desde que tenía memoria de querer algo, y eso era mucho, mucho tiempo; porque los niños pequeños, y también las niñas pequeñas, pueden recordar cosas de muy atrás si piensan muy, muy fuerte en ellas.

Bueno, cuanto más pensaba Billy en lo bonito que sería tener un perro, más lo quería. "Oh", decía, "si tan solo tuviera un perro, sería el niño más feliz del mundo". ¿Y qué clase de perro creen que quería Billy? ¿Un collie? ¿Un airedale? Ambas son razas muy finas, ciertamente; pero no era ni un collie, ni un airedale, ni un fox terrier, ni un galgo, ni de hecho ninguna raza específica de perro la que Billy quería, sino solo un compañero de juego amigable y adorable, lleno de vida y diversión.

Finalmente, Papá y Mamá aceptaron que si se podía encontrar un perro adecuado, Billy lo tendría. Qué encantado estaba Billy. Esperaba, por supuesto, encontrar un perro así de inmediato. Pero cuando pasaron semanas tras semanas, descubrió que no era tan fácil, porque a pesar de todas sus averiguaciones, todavía no tenía perro. Había muchos perros, pero ninguno cuyos dueños quisieran separarse de ellos. Estaba el inteligente collie del tío Bob, por ejemplo, pero Billy sabía que no servía de nada pedirlo, porque lo necesitaban para traer las vacas a la hora del ordeño. Luego estaba la pequeña caniche de la tía Maude, pero ella no se separaría de él.

Pero seguramente en algún lugar del mundo debía haber un perro que estaba destinado para Billy, así que en lugar de sentarse a llorar, siguió preguntando, porque era realmente un niño sabio. Cada vez que se encontraba con un hombre, seguro que le preguntaba: "Por favor, señor, ¿puede decirme dónde puedo encontrar un buen perro?".

El hombre a menudo hablaba con él un rato hasta que averiguaba qué tipo de perro quería, y luego decía: "No, hijito, pero si oigo de alguien que tenga un buen cachorro para regalar, te lo haré saber".

Lo decía en serio, porque recordaba que cuando era niño tenía un perro y lo quería, o si no había tenido un perro, lo había deseado muchísimo.

Finalmente, cuando Billy se sentía muy desanimado, llegó un hombre con un perro llamado Cuffee. ¡Qué nombre tan extraño para un perro! ¡Y qué cachorro tan desgarrado y de aspecto extraño era Cuffee! Aunque Billy no lo pensaba así, ni siquiera por un minuto. ¡Oh, no! Para él, el cachorro torpe y larguirucho, con su pelo marrón áspero y sus extraños ojos de color marrón rojizo que brillaban como dos bolas de fuego, era una criatura hermosa. Cuando corrió a acariciarlo, una pequeña lengua roja y húmeda salió disparada para lamerle los dedos, dándole una sensación de cosquilleo tan extraña que estaba seguro de que el cachorro lo quería. Temblando de emoción y casi con miedo de preguntar por temor a una decepción, levantó la vista hacia el hombre, que sonreía, y le preguntó si podía quedarse con el cachorro.

"Pues sí, hijo", respondió el hombre, "creo que puedes quedarte con ese perro si lo deseas tanto. Oí que por aquí andaba un niño que quería un perro, así que lo traje. ¿Eres tú ese niño?". Con los ojos brillantes, Billy le aseguró que sí, y luego se arrodilló para abrazar a Cuffee.

"Ay, Billy", le reprochó su hermana Eileen, "es muy feo. Espera a ver si no puedes conseguir un pequeño cachorro gordito y regordete como el que tiene la tía Kate".

"No es la apariencia lo que cuenta, señorita", dijo el desconocido. "Es lo que el perro es. Este perro vale mucho. No le teme a nada. Cuando crezca un poco y se desarrolle, será un verdadero adorno. Pero tienes que jugar limpio con él, hijo, tienes que tratarlo bien o no valdrá nada".

"Seré bueno con él", prometió Billy sin aliento, tratando de evitar que le lamiera la cara amistosamente. "¡Abajo, Cuffee, abajo!", ordenó severamente.

"Así es como hay que hablarle, hijo, pero no vayas a pegarle o lo arruinarás seguro. Pero lo encontrarás lleno de travesuras. No es razonable esperar que ni un niño ni un perro no se metan en alguna travesura. Los perros tienen que ser educados como los humanos y aprender lo que está bien y lo que está mal".

Al momento siguiente, todo era confusión. De un salto repentino que envió a Billy rodando por el polvo, tropezando con Eileen al caer, Cuffee hizo una carrera loca tras una mancha blanca y negra que pasó volando y subió hasta la punta del poste de la ropa, dejándolo aullando abajo. Mickey, el precioso gatito de Eileen, estaba acurrucado en el poste con el pelo erizado, cada pelo de su cola completamente tieso, mientras miraba a Cuffee con desprecio, bufando con desafío.

"Cuffee es un perro malo", sollozó Eileen mientras se levantaba y corría a rescatar a su gato.

"No es malo, Eileen", la calmó su madre, "sino un cachorrito un poco ignorante que no ha aprendido a ser amigable con los gatos. Lleva a Cuffee, Billy, y átalos hasta que Mickey se recupere del susto".

Mientras Billy ataba a Cuffee, le habló en un tono tan afligido que Cuffee estaba tristemente desconcertado. Metió su pequeña cola entre las piernas, luego levantó su pequeña pata para estrechar la mano de una manera tan persuasiva que Billy tuvo que reírse. Verán, Cuffee necesitaba que le enseñaran a distinguir el bien del mal, porque cuando uno no sabe esto, es muy fácil cometer un error, ¿no es cierto?